

acompañados de algunos íntimos, aprovecharon la distracción de los turcos, ocupados en marinar y saquear las presas para escapar en varias fragatas. Llegaron en salvo á Malta en *bel fuggive*, consiguiendo libertad; pero el iniciador Juan Andrea á costa de la honra, que dejaba en lengua de marineros y soldados.

Para el Duque fué más benévolo el juicio de los contemporáneos: las condiciones de caballerosidad de su persona y la deferencia y agrado con que trató á los capitanes y jefes extranjeros de la expedición, suavizaron la consideración de las condiciones de caudillo que le hacían falta. Dijeron, sí, que era más apto para lucir en los salones de la corte el fausto de su arrogancia, que para dirigir en campaña una hueste. Más severos los que se encontraban lejos del peligro, los que para nada tenían en cuenta la situación del General derrotado, ni del padre que sacrificaba á su propio hijo, dieron fácil sentencia, si hemos de admitir la que condensó en estas frases el palatino cronista Cabrera de Córdoba (1):

«Increíble parece que una armada poderosa de gente y vasos en un instante se arruinase de su temor más que de la fuerza vencida, con pérdida de tanta gente, municiones, máqui-

(1) *Felipe II*, tomo I, pág. 296.

nas, bajeles, aumentando á los enemigos el triunfo y la victoria tan sin sangre alcanzada, con infamia de los cristianos; porque si las naves y galeras esperaran en batalla, ó detuvieran el furor del enemigo, ó les costara la victoria tanto que no se atrevieran á sitiar el fuerte, y se salvara la guarnición. Pero ¿qué no envilece el miedo? ¿y qué no pone en confusión? ¿y qué no mete en peligro la ambición, la satisfacción, la poca práctica, como la del Duque, de lamentable memoria para España?»

Justicia ante todo: la ambición, la satisfacción, la ineptitud militar del Duque, si se quiere, fueron poderosas causas del desastre; pero si el temor, como parece cierto, lo produjo multiplicando las proporciones, no influyó en el ánimo del General del ejército; turbó la mente y empequeñeció el corazón del General de mar, en cuyas manos puso el destino aquel día y los siguientes la suerte de la jornada. Juan Andrea Doria, temeroso también en Lepanto, cuyo triunfo estuvo á punto de comprometer, responde ante la historia del tremendo fracaso de los Gelves, si bien Monsieur Jurien de la Gravière, siempre juicioso y benévolo, como quien ha sentido sobre los hombros el peso enorme de la responsabilidad, lo tiene dicho: «Vencer á los turcos en la mar en el siglo xvi, era tan difícil como derro-

tar á los ingleses en los días de Abukir y Trafalgar.»

El turco Piali desembarcó su gente; ordenó á Dragut le acudiera con la de Trípoli y con artillería de batir, y antes de abrir trincheras ofreció por el fuerte buenos partidos á D. Álvaro de Sande, que contestó no pensara haberlo á tan poca costa como la armada ⁽¹⁾. Entonces comenzaron las operaciones de uno de los sitios más dignos de memoria por las circunstancias que más que de los enemigos afligían á tanta gente inútil acogida en el fuerte, á consecuencia de los sucesos de la armada, por falta de agua que darles, y por el plan certero de Piali de cerrar todo acceso y dejar al tiempo el resultado, sin asaltos ni aproches.

Es de observar cómo en las expediciones y armadas del siglo xvi, lo mismo en África que en América ú Oceanía, cualquiera que fueran el objeto, el término y las dificultades, iban mujeres españolas decididas á compartir los trabajos del soldado, sin aspiración á la gloria que pudiera caberle. D. Álvaro de Sande se encontró en el fuerte con muchas de estas mujeres, que hacían subir el número de bocas á más de 5.000, cuando las raciones estaban cal-

(1) Herrera, lib. II, cap. II.

culadas para 2.500 en mes y medio. Para la provisión de agua discurrió uno de los soldados evaporar la del mar, y recogiendo las vasijas de cobre construyeron 18 alambiques que al principio daban 30 barriles diarios, disminuídos luego por escasez de leña ⁽¹⁾. Mezclándola con la salobre de los pozos del castillo y distribuyéndola en cortísimas raciones, se fué prolongando la distribución con malestar indecible. Mucho tenía que ser el del hambre, cuando hubo en la guarnición quien la mitigara acudiendo al remedio en los cadáveres de turcos; mas de todo punto se hacía irresistible el tormento de la sed en aquella abrasada tierra, en el rigor de la canícula, trabajando durante la noche con picos y azadones, peleando durante el día sin reposo de un momento. Muchos perecieron en tan atroces suplicios; muchos, no resistiéndolos, se arrojaban de la muralla, buscando en el campo enemigo la esclavitud á trueque de un sorbo de agua; solo al fin, D. Álvaro de Sande pretendía que la humanidad no fuera flaca, presenciando horrores con tal de ver por un sol más

(1) Corrales dice que un siciliano, que se llamaba el capitán Sebastián, ofreció destilar agua del mar, por lo que le prometió Don Álvaro 500 ducados en dinero y 200 de renta. Diego del Castillo amplía que el inventor siciliano se nombraba Sebastián Poller, y conforma con la utilidad que reportaron los alambiques, produciendo 25 barriles diarios de agua, mientras hubo combustible.

flotando al aire en el fuerte el estandarte de Castilla.

Llevada la resistencia hasta fines de junio, ó sea á los ochenta y un días de la llegada de los turcos; cuando quedaba, según se creyó, para dos la insuficiente ración de agua, no teniendo los baluartes ningún cañón en uso; después de caer sobre ellos 12.000 balas y 40.000 flechas; reducida la gente á 800 hombres de armas tomar, les animó el General á una salida desesperada que había de verificarse en dos columnas. Llevando la cabeza de una pasó dos trincheras, arrolló las guardias enemigas... mas no á todos inflamaba su ánimo: vió con dolor que capitanes y soldados arrojaban las armas; vióse abandonado, teniendo que correr hacia las galeras amparadas bajo el castillo con ánimo de resistir todavía, y para lamentarse de la suerte, que le puso al cabo en manos de Piali. ¡Con qué dolor refirió al Rey en el Memorial la extremidad, en que no le acompañó la entereza ni la consideración de todos sus capitanes!

Hubo, no obstante, quien pensó malignamente que la salida no era más que un pretexto estudiado por D. Álvaro para dejar honrosamente el fuerte y escapar en una fragata que había mandado alistar de antemano. Corrales lo insinúa en su relato; otros debieron decirlo

con más claridad, pues Diego del Castillo se creyó en la necesidad de desmentirlo escribiendo (1):

«Después de la última salida, cuando Don Álvaro, por no poder entrar en el castillo, se tuvo que meter en las galeras, creyendo que se quería ir, fué una persona principal á decirle:—«Señor, yo vengo á suplicaros que me llevéis con vos.»—Le respondió con rostro severo y airado:—«¿Soy yo, por ventura, hombre que había de huir y dejar á mis amigos y compañeros? Yo os prometo de no desampararlos hasta que todos hayamos un mismo fin, y estoy muy maravillado que personas como vosotros hayáis pensado una cosa tan indigna de mí y tan fuera de toda razón y posibilidad; porque aunque yo quisiera irme, ¿cómo lo podría hacer, pues agora ya debe de saber el Bajá cómo yo estoy aquí, y debe de haber mandado tomar los pasos, de modo que sería imposible salir de aquí bajel ninguno? Yo iré al fuerte y castigaré los que esta noche han hecho tan gran falta al servicio de Dios y de su Rey y de sus propias honras desamparándome vilmente en tal trance, sin estorbarles el enemigo el seguirme, y probaré otra vez nuestra ventura de día, que quizá viéndonos los

(1) Pág. 274, en el citado tomo de la *Colección de libros españoles raros ó curiosos*.

unos á los otros, la vergüenza hará hacer á algunos lo que esta noche pasada no han hecho. Y ya que la fortuna nos niega la victoria, no nos quitará á lo menos el morir peleando como soldados, que vale harto más que vivir siendo esclavos destes crueles é inhumanos bárbaros, y seremos ejemplo á nuestros sucesores á estimar más las honras que las vidas.»

Rendido el fuerte, rendidas las galeras, los enfermos y heridos pasaron por la espada turca ó fueron vendidos en almoneda á las gentes de Trípoli; los baluartes que abrigaron á los defensores, arrasados con la tierra; quedó con ello pujante en la mar la armada turca; las costas de Nápoles y Sicilia sufrieron las consecuencias, tanto en la retirada de Piali, como después en las acometidas de Dragut, habiendo formado escuadra de 40 velas, sin que Juan Andrea Doria, con 17 galeras y 7 galeotas, á que fueron á juntarse las de la escuadra de España mandadas por D. Juan de Mendoza, se atreviera á hacerle frente, antes cayeron en manos del corsario ocho de las de la escuadra de Sicilia, tres de ellas del Rey y cinco de particulares, en sorpresas y combates parciales.

Piali Bajá celebró el triunfo entrando en Constantinopla el 27 de septiembre de 1560,

en cabeza de su armada. Seguían á la Capitana las galeras de fanal, en fila; iban en pos las presas, con las banderas y estandartes por el agua, lo de abajo arriba, cerrando la marcha las galeras sencillas turcas, empavesadas y embanderadas, haciendo disparos de artillería.

El día 1.º de octubre llevaron en procesión á los cautivos al palacio del Sultán: D. Álvaro de Sande, D. Berenguer de Requesens y Don Sancho de Leyva iban á caballo; detrás marchaban los Capitanes de tres en tres, y seguían los soldados mirando tristes cómo les precedían, arrastrando por el suelo, sus estandartes y banderas, cuyas santas imágenes servían de escarnio á los mahometanos. Acabada la fiesta y ceremonia, separaron á los cristianos por categorías, llevando á D. Álvaro de Sande á un castillo con juramento del Sultán de que no haría más la guerra, porque en la prisión había de morir sin que hubiera para él rescate por ningún dinero. Los demás fueron destinados al remo en las galeras; y como al oírlo se dejara vencer de la pena un Capitán, díjole D. Alvaro: «Llore quien se ha perdido mal, que yo como hombre me perdí (1).»

(1) Diego del Castillo emplea la misma frase, pero en distinto lugar. Dice que en la retirada de la armada turca tocó en un punto de Sicilia llamado la Brúxula, entre Cabo Passaro y Augusta, por hacer aguada, y el Capitán español Sayavedra, que allí se hallaba,

Muchos de los prisioneros de los Gelves murieron en el cautiverio ó lo soportaron largos años: algunos de los significados debieron la libertad á la favorable ocasión de las treguas ajustadas por el Emperador Fernando con Solimán el año 1562, pues gracias á la gestión del Rey Felipe II se asentó entre las cláusulas del tratado el canje ó entrega de los principales, sin que alcanzara, sin embargo, el beneficio á Sande por el juramento que decían el

fué con salvoconducto á la galera Real del Bajá, con propósito de hacer algún rescate. Vió allí á D. Sancho de Leyva, D. Berenguer de Requesens y D. Juan de Cardona, que le recibieron con lágrimas en los ojos, y mirando á D. Álvaro de Sande, vió que con alegre semblante reía. Preguntándole el Capitán Sayavedra cómo, estando en aquella prisión, estaba con tan buen ánimo, le respondió: «Señor Capitán, llore quien se ha perdido mal, que yo, si he perdido la libertad, he conservado la honra, habiendo hecho en esta jornada lo que era obligado á Dios y á mi Rey, y como hombre he de pasar las adversidades y trances de fortuna.»

Otra especie consigna Diego del Castillo: que los Bajás que asisten en el Diván prometieron á D. Álvaro honores y riquezas si se quería volver turco, y de no ser así, que sirviese al gran Señor contra el Sofi, sin dejar la ley que tenía; y viendo la poca estima que de ellos y sus promesas hacía, condenáronle á cortar la cabeza, y le sacaron luego á caballo muy acompañado de ejecutores; pero el Sultán dió contraorden, mandando llevarle á la torre del Mar Negro, donde estuvo con un criado y un capellán hasta que Dios fué servido darle libertad.

Corrales asegura que en una historia de la jornada que D. Álvaro escribía en la torre, auxiliado de este capellán, llamado Carneiro, tenía puesto que le ofrecieron el gobierno de Egipto con 50.000 ducados de salario, si renegaba de la fe cristiana. *Créaselo quien quisiere*, añadía. Lo cierto es que en el memorial dirigido al Rey nada escribe D. Álvaro de esto.

gran Señor tenía hecho al Profeta, y cosa es digna de referir cómo unos pocos consiguieron librarse por sí mismos.

El año 1564 andaba en Constantinopla una galera llevando materiales para la fábrica del palacio del harem: movían los remos 200 esclavos cristianos, entre ellos 16 Capitanes del Rey Católico, prisioneros de los Gelves, á saber: ocho españoles, cinco italianos y tres alemanes; y buscando oportunidad, armados de piedras, mataron á los turcos de guardia y se alzaron con el bajel, llegando con felicidad á Sicilia. Hicieron cabeza Juan Bautista Doria, genovés, y Antonio de Olivera, castellano, Gobernador que fué del castillo de la isla después de la muerte del Maestre de campo Barahona.

Por último, muerto Solimán, instó el Rey D. Felipe á Carlos IX de Francia para que empleara su influencia en favor de la soltura de Sande. Hízolo, comisionando especialmente á Francisco Salviati, Caballero de Malta, por embajador; y aunque en un principio se negó Selim á tratar del asunto, por ser la primera cosa que pedía su aliado al ascender al trono, la otorgó, y D. Álvaro fué á Francia en compañía de Salviati, y se restituyó á su casa.

Bien mereciera este soldado estudio especial de sus compatriotas más extenso, aunque

no fuera tan entusiasta como el que le dedicó el extranjero Brantome, contemporáneo y admirador de sus condiciones, ó el del P. Haedo en la mención que hizo en su *Historia de Argel*, reseñando las campañas de Italia y Francia en que tomó señalada parte, reinando el Emperador; la batalla de Muhlberg, en que fué principal instrumento de victoria; el socorro de Malta, donde pagó á los turcos la deuda que con ellos tenía, y el gobierno de la plaza de Orán, fin de su carrera.

D. Luis Zapata le dedicó un capítulo de la *Miscelánea*, en que algo difiere respecto al rescate, diciendo (1):

«D. Álvaro de Sande, claro por mil hechos y mil jornadas, que siendo tesorero de Placencia, como Aquiles dejó las faldas largas y empuñó la espada y lanza, y saltó en ser soldado, siendo cercado en los Gelves de una poderosísima turquesca armada, defendió el hechizo fuerte tres ó cuatro meses, sin se le poder entrar con muchos y muy terribles asaltos, en los que mató infinitos turcos que quedaron por ahí tendidos en el campo. Mas no siendo socorrido y siendo espantable y rabiosa la sed y la hambre, que comieron las cosas viles que comen otros cercados hasta acabarlas,

(1) *Memorial histórico español*, publicado por la Real Academia de la Historia, tomo XI: Madrid, 1859, fol. 43.

y bebían el agua salada de la mar, sacada aún en poca cantidad por alquitaras, de lo que ya toda la gente enfermara; de las cuales tres cosas, teniendo la muerte cierta, hambre, sed y enfermedad, rendir la plaza era vileza, defenderla era imposible, tomó un valentísimo medio, que fué salir y morir peleando como un caballero tan señalado. Habla y anima á su gente; confiesan y comulgan todos; dan fuego á sus alhajuelas, que no les quedó otra cosa sino las armas, y salen á los enemigos con ellas en la mano; hieren y matan cuantos pueden, y al fin quedó preso D. Álvaro con mucha sangre de ambas partes, y el fuerte de los enemigos, no fuerte, antes flaco hecho, en los secanos y sirtes de Berbería. No se perdió reputación ninguna; otra cosa se perdió, si no la hechura, por no ser de ningún peso ni importancia, como parece por este soneto hecho por un valiente soldado, del que pongo los cuatro versos primeros por no hacer más á nuestro caso:

¿Quién eres tú que espantas sólo en verte?
Soy muchedumbre de árboles cortados,
Que sobre flaca arena fabricados
Contra toda razón me llaman fuerte.

»De allí D. Álvaro de Sande y D. Sancho de Leyva fueron llevados tras Constantinopla, á la torre del Mar Negro, en donde el que

006684

entra jamás sale; mas ellos salieron por gran milagro: D. Sancho, trocado por otro turco principal que había cautivo acá, y D. Álvaro, averiguando ser criado del Emperador D. Fernando, casado con dama suya, con el cual Emperador el gran Turco tenía treguas por ciertos años.»

Si se compara el desastre de los Gelves con el de la *Armada invencible*, ocurrido en 1588, parecerá algo menor la pérdida de material en el primero, sin otra consideración que el valor comparativo de construcción de galeras y naos, y el mayor número de piezas de artillería que las últimas llevaban; la diferencia no es, sin embargo, de mucha importancia, y se nivelaría á tomar en cuenta el valor intrínseco de los esclavos y cautivos perdidos que andaban al remo. En la moral fué por de pronto más grave la derrota de los Gelves, por dejar en absoluto dueños y señores de la mar á los turcos, y entregadas á su estrago no sólo las costas de Italia, sino también las de España, mientras que el fracaso de Inglaterra poco afectaba á estas costas ni á su navegación ultramarina, como se vió en las desastrosas expediciones de los ingleses á la Coruña, Lisboa y Azores. La más sensible pérdida de personas excedió con mucho en la jornada de Trípoli á la de Inglaterra. Varían bastante las ci-

fras recogidas por los historiadores; mas tiene fundamentos la de Cirni Corso, que fija en 18.000 los hombres consumidos en la fatal empresa de Berbería, mientras no pasaron de 10.000 en la otra.

Coincidencia singular: los Duques de Medinaceli y de Medinasidonia dieron amparo á Cristóbal Colón; y rivalizando en cierto modo con la Corona, pretendían alistar por su cuenta naves con que se resolviera el problema del camino del Catay, y se asentara el cimiento de la preponderancia marítima de España. Nietos de aquellos Duques, y Duques también de Medinaceli y de Medinasidonia, D. Juan de la Cerda y D. Alonso Pérez de Guzmán *el Bueno*, presidieron con paralela falta de aptitud é igual desgracia á las dos más grandes desdichas que registra la historia naval, como que con ellas acabó aquella preponderancia.

Antón Francesco Cirni Corso formó lista de las personas principales que sucumbieron en la triste jornada de los Gelves. No es completa esta lista, pues por Ulloa y otros escritores se citan nombres no comprendidos en ella: acaso hay también equivocaciones en la ortografía italiana de que se valía el autor; pero á falta de otra, bien merece que por testimonio de estimación se reproduzca adicionada.

CAUTIVOS EN LA ARMADA Y EL FUERTE.

General, D. Sancho de Leyva, con sus hijos
 Juan de Leyva.
 Diego de Leyva.
 General, D. Berenguer de Requesens.
 Juan de Cardona.
 Fadrique de Cardona.
 Gastón de la Cerda, hijo del Duque de
 Medinaceli (1).
 General, D. Álvaro de Sande.
 El Obispo de Mallorca.
 Maestre de campo, Bernardo de Aldana.
 Ingeniero, Antonio Conde.
 Médico del Duque, el Licenciado Bernardo.
 Capellán de D. Álvaro, Carnero.
 Baltasar Mediavilla.
 Alfonso de Pallar.
 Sargento mayor, Maroto.
 Coronel, Pedro del Más.
 Capitanes, Sciana Smeraldo.
 Francisco Enrique.
 Orejón.
 Simón, florentino.
 Montes de Oca.
 Tomaso, italiano.

(1) Murió en Constantinopla.

Íñigo Hurtado.
 Francisco de Casale.
 Nicolo de Casale.
 Lope de Figueroa.
 Juan Bautista Doria, genovés.
 Antonio de Olivera.
 Monsalve.

MUERTOS DE ENFERMEDAD.

Coroneles, Quirico Spínola.
 Diego de Ávalos.
 Capitanes, Álvaro de Sande, sobrino del Ge-
 neral.
 Alonso de Hita.
 Jerónimo Imperatore.
 Aquilante de Castillo.
 Andrea Grifo.
 Antón Cicala.
 Francisco de Cárdenas.
 Giacopo Gallupoli.

MUERTOS EN COMBATE.

General, Flaminio dell' Anguillara.
 Per Álvarez Golfín.
 Juan de Ovando.
 Cristóbal Pacheco.
 Alférez, Gil de Oli.
 Sebastián Hurtado.

Íñigo de Soto.
Nuncibay.
Juan Pérez de Vargas.
Francisco Ortiz.
Salazar.

QUEDARON EN EL FUERTE Y NO CONSTA
LA SUERTE QUE TUVIERON, SI BIEN LOS MÁS
MURIERON.

Coronel, Stefano Leopart.
Sargento mayor, Martín de Lequeque.
Capitanes, Bernardino Álvarez de Mendoza.
Federico Mazzalotte.
Juan Osorio de Ulloa.
Rodrigo Zapata, que entregó el fuerte.
Juan de Funes, que capituló.
Juan del Águila, idem.
Jerónimo de la Cerda.
Juan de Gama.
Sebastián Poller, inventor de los alambiques.
Maestres de campo, Alonso Padilla.
Miguel de Barahona.
Jerónimo de Piantanigo.
Capitanes, Bartolomé González.
Adrián García.
Pedro Vanegas.
Alonso de Guzmán.

Pedro Bermúdez.
Antonio de Mercado.
Gregorio Ruiz.
Juan de Vargas.
Carlos de Haro.
El Conde Galzano Anguisciolo, florentino.
Diego de la Cerda.
Luis de Aguilar.
Álvaro de Luna.
Jerónimo de Sande.
Juan Ortiz de Leyva.
Frías.
Martín Galarza.
Alonso Escobar.
Alonso Golfín.
Bravo.
Gaspar de Tapia.
Juan Paulo.
Pedro de Aguayo.
Juan Daza.
Francisco Rota.
Francisco Collazos.
Álvaro de Luna.
Clemente, siciliano.
Gabriel Girardo.
Georgio, siciliano.
Stefano Palavicino.
Charles de Vera.

Mos de Indón.
 Mos de Lampujada.
 Álvaro de Lara.
 Julio Malvesín.
 Gaspar Peralta.
 Juan Antonio Spínola.
 Jerónimo de Montesoro.
 Constantino Sacano.
 Giuseppe Tremarchi.
 Juan Andrea Fantone.
 Pedro de Vida.
 Pedro de Juan.
 Lucas Calabres.
 Pedro de Almaguer.
 Juan de Zayas.
 Perucho Morán.
 Juan de Zayas.
 Juan de Castilla.
 Luis de Aguilar.
 Diego de Santa Cruz.
 Pedro de Vargas.
 Bernardino de Velasco.
 Sebastián.
 Bernardo de Quirós.
 Piantanigo.
 Borja.
 Guillén Barbarán.
 Garay.
 Fuentes.

Juan Pérez de Vargas.
 Diego de Vera.
 Antonio Dávila.
 Alférez, Sedeño.
 Herrera.
 Beltrán.
 Serrano.
 Pedro Ginovés.
 Hidalgo.
 Francisco Ortiz Zapata.
 Diego de Castilla.
 Martín de Ulloa.
 Andrea Espinguel.
 Rodrigo de Cárdenas.
 Valdés.
 Comisario, Pacheco.
 Contador, Juan de Alarcón.

